Javier Marías Donde todo ha sucedido

Al salir del cine



Javier Marías

Donde todo ha sucedido Al salir del cine

Prólogo de Miguel Marías

Edición al cuidado de Inés Blanca y Reyes Pinzás

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

Índice

El arte de recordar, por Miguel Marías	13 21
Donde todo ha sucedido Al salir del cine	
El novelista que se fue al cine	
Todos los días llegan (1995)	27
Películas con música e insomnio incluidos	
Si no han visto el río (1997)	37
El Increíble Hombre Menguante (1993)	40
La imagen de la amistad (1995)	42
Un puñado de héroes (1995)	45
El fantasma y la señora Muir (1995)	49
Campanadas y viento y fantasma y muertos (1995)	62
Viento en las velas (1995)	65
Cuando nunca se olvidaba a nadie (1995)	67
De no haber nacido (1998)	70
Qué sería peor (2003)	73
Música en la retina (1996)	76
Pobres cantantes (1998)	79
Insomnio de cine (2000)	82

Dos maestros y dos parientes	
El siglo de Ford (1995)	87
El pequeño Mr Welles (1999)	90
Jess el estupendo (1996)	99
El adelantado (1998)	102
Este don tan raro	
El amo sobrenatural del mundo (1994)	107
El hombre que parecía no querer nada (1996)	III
Suspiros terrenales (1996)	116
La penumbra de Dean Martin (1997)	119
Todos los actores muertos (1997)	122
Caballero engañado (2000)	125
Los que sólo desaparecen (2001)	127
Área púbica y humillación (2003)	131
El balón en la sala	
El estilo y los nombres (1992)	137
Grupos salvajes (1995)	140
El estrabismo de los semidioses (2002)	143
De buena ley	
Ficciones bastardas (1994)	149
Y encima recochineo (1995)	153
La risa y la moral: una contrarréplica a	
Muñoz Molina (1995)	158
No todos los artistas son mamarrachos (1998)	163
Por qué detesto el teatro (2001)	166
Cruzado de brazos (2003)	169
La enfermedad de la desdicha (2003)	172
Empalago (2004)	175

Índice 9

La rueda del mundo	
La foto (1994)	181
Ficción y recuerdo (1995)	184
El efecto Apley (1995)	187
Frívolamente (1997)	190
El triunfo de la seriedad (1998)	193
Quisquillosas tribus (1999)	199
Los que ya no podrán verse (2000)	202
Territorio de Oklahoma (2000)	205
Que salgan ya Tintín y Bond (2001)	208
La tentación de salirse	
Caso crítico (1995)	213
El novelista va al cine (1996)	216
El novelista se sale del cine (1996)	220
Los malditos detalles (1996)	223
El servilismo de la risa (1997)	226
La fiesta de los impostores (1998)	229
Al servicio de la pasta (1998)	232
Ídolos de la aberración (1999)	235
Amar al malo (2001)	238
Ni mérito ni misterio (2001)	241
¿Es usted el Santo Fantasma? (2001)	244
Por la felicidad de los lectores (2001)	247
Genios a merced de mindundis (2002)	250
Ignorante e idiota y desequilibrado (2002)	253
La que tan bien había amado (2003)	256
Como un mafioso (2004)	259
Entre la queja y la burla (2004)	262
Procedencias	265
Apéndice: Encuestas de Nickel Odeon	271

Para Guillermo Cabrera Infante, en su alegre memoria de sombras

El arte de recordar

Que tres miembros de una familia –el primero es nuestro padre, Julián Marías– hayan escrito sobre cine con cierta asiduidad puede hacer pensar que existe entre nuestros enfoques alguna semejanza o paralelismo, pese a que cada maestrillo tenga su librillo. En este caso, no creo que haya parentesco: el único punto común sería precisamente la ausencia, en los tres, de tal «manual», y a cambio una compartida confianza en la utilidad de la observación atenta y en el ejercicio –simultáneo y posterior– de una actividad que siempre creí inevitable y constante, al menos despierto, hasta percatarme, con creciente inquietud, de lo poco que en general se practica. Me refiero, simplemente, a pensar.

El que piensa acerca de lo que ha contemplado lo recuerda, a menudo tan nítidamente que lo ve de nuevo, y no sólo una vez más, sino de otra manera. Con mayor libertad, porque al sustraerse al poder hipnótico del flujo imparable de las imágenes en una pantalla, y al «suspense» intrínseco de toda narración, lo puede mirar –aunque sea mentalmente– a otro ritmo, con holgura para establecer conexiones y asociaciones, para comparar y no quedarse encerrado –como les sucede cada vez más a muchos cineastas– dentro del propio cine. La realidad y las demás artes, narraciones antiguas o posteriores, otros momentos, visiones previas repartidas a lo largo de la propia biografía... arrojan nueva luz, casi sin proponérselo e incluso si uno se resiste a su asalto, sobre las películas, sean recientes (nue-

vas, al menos, para nosotros) o viejas conocidas de la infancia.

A la inquietud por personajes que tal vez nos importen o inspiren simpatía, por el desarrollo de la intriga, por la capacidad de los artífices de la película para sostener su ritmo y hacerla llegar a una conclusión satisfactoria, sin desfallecer o armarse un lío en el trayecto, se añade la que producen el reencuentro y la inspección –forzosamente crítica, se quiera o no– desde otra edad y circunstancia, con más experiencia, sin esa ingenuidad infantil o juvenil que tanto ayuda a activar la siempre conveniente «suspensión de la incredulidad» que graciosa e interesadamente concedemos a quien se dispone a obsequiarnos con una narración.

Cuando volvemos a ver Todos los hermanos eran valientes, El talismán, Huida hacia el sol, Cita en Honduras, Lilí, El prisionero de Zenda, Tierras lejanas, La casa de los siete halcones, Tres tejanos, Los forasteros, Tambores lejanos, La casa grande de Jamaica, Mogambo, Scaramouche, El temible burlón, Rumbo a Java, Los gavilanes del Estrecho, Cuando ruge la marabunta, Safari, Las cuatro plumas o El hidalgo de los mares -por ejemplo- no sabemos si van a estar a la altura de nuestro recuerdo, o si nosotros nos vamos a mantener a la suya. Quizá ya no podamos recuperar la infancia ni por hora y media, es posible que hayamos sobrepasado una frontera de la que no cabe retroceso, a lo peor no somos lo bastante crédulos o se nos han embotado la fantasía y la capacidad de ensoñación, hemos dejado para siempre atrás el Mississippi o la tierra de Nunca Jamás. Si volvemos a ver el Robinson Crusoe interpretado por Dan O'Herlihy no podremos ignorar que la dirigió Luis Buñuel ni la novela de Daniel Defoe, y Fort Apache no es va una película «de indios» o de John Wayne v Henry Fonda sino, además y sobre todo, del gran John Ford.

A veces da miedo, como volver a ver a una chica que nos gustó mucho hace cuarenta años, y que ha perdido ya -como nosotros, claro- la frescura y la ilusión, aunque pueda conservar la belleza y hasta el humor y el entusiasmo que produce mirar sólo hacia delante y no llevar carga alguna a las espaldas, pero que, evidentemente, no es la misma que recordamos, y corremos el riesgo de que su imagen presente se superponga definitivamente, borrándola, a la que justo antes permanecía aún viva en nuestra memoria. Sé de algunos que evitan tales ocasiones sistemáticamente, con cierto temor supersticioso y no sin un punto de excusable cobardía. No así mi hermano Javier, que va poco a los cines desde hace años pero sigue viendo, en su casa, cada vez más asimiladas a los libros, más a mano y consultables según el impulso o el deseo, muchas películas, y que parece empeñado en volver a ver cuantas de niños nos gustaron -estábamos entonces mucho más de acuerdo-, e incluso alguna que quizá sospeche que no llegó a apreciar en su justo valor precisamente porque sabía demasiado poco de muchas cosas para comprenderla cabalmente. Tal vez para verificar si su rostro hoy coincide con el que ayer imaginara para un mañana entonces muy lejano, en ocasiones puramente hipotético (pues nunca se sabe si uno logrará volver a ver una película, y entonces mucho menos que en la actualidad: no había vídeos ni DVD, ni siguiera televisión, o apenas).

Quien escribe sobre una película, aunque acabe de verla, se basa en un recuerdo, en lo que de ella rememora, en el rastro o la huella que dejó en uno. La mira no como algo presente, que está desfilando en la pantalla, sino como algo ya ocurrido, pasado, fugitivo en su propio movimiento, tal vez distorsionado o difuminado por nuestra percepción y lo que de ella hace la caprichosa y contradictoria memoria, selectiva y autónoma

(cuántas cosas que queremos olvidar recordamos, cuántas de las que guerríamos acordarnos se nos borran, cuántos datos inútiles y sin interés nos acompañan de por vida o nos vendrán inopinadamente a la cabeza). Es doblemente un fantasma, que nos habla de otros fantasmas, que lo son además al menos en dos sentidos: es ya espectral su presencia entrevista y fugaz -que en seguida se hace insegura, pues dudamos de nuestra vista v nuestro oído incluso antes de desconfiar de su surco-, consustancial al cine, y, a poco que haya pasado un cierto tiempo, sus actores (y sus artífices, casi siempre invisibles) habrán muerto, aunque todavía se agiten en la pantalla y los veamos aparentemente vivos, angustiados o felices y divertidos (hasta Katharine Hepburn y Cary Grant en La fiera de mi niña, que parecen disfrutar eternamente, son hoy fantasmas de celuloide).

Cuando Javier Marías escribe sobre cine (v otras imágenes) no es ni el novelista ni el ciudadano homónimo que publica «columnas» en prensa y comenta lo que sucede a su alrededor -lo que le indigna, molesta o preocupa, sólo a veces lo que le alegra, divierte o agrada-, sino un personaje intermedio, lo que de él permanece invariable desde que le conozco -y soy cuatro años mayor-, a pesar de otros cambios. Todo ello, claro, para quien sinceramente crea que hay dos o más Javieres, cosa que, con perdón, me permito dudar. Lo mismo que no es uno el que escribe y otro el que habla, yo reconozco siempre su voz cuando leo sus novelas v sus artículos, e incluso a menudo la oigo cuando me hace partícipe de los pensamientos de sus narradores en primera persona, con los que en cambio se le tiende a identificar abusivamente, pese a que suelen ser bastante diferentes de mi hermano, aunque tengan un modo de pensar muy semejante: no piensan lo mismo, ni comparten demasiadas opiniones, pero creo evidente que Javier les presta -entre otras cosas- su manera de pensar, de interrogarse, de dudar, de hacer hipótesis, de tener ocurrencias, de gastar bromas, de «leer» en las caras y en los gestos, de rememorar y especular, de extrapolar, de tener presente lo que no lo está ya o no se percibe todavía, sólo se intuye. Casi todo eso, por cierto, es algo que Javier, sospecho, ha aprendido no sólo por libre ni leyendo, sino también, en buena medida, viendo mucho cine.

De hecho, son actividades que eran habituales y casi se daban por supuestas al ver una película, que, salvo casos pesadamente explícitos, lo que hace es mostrarle a uno rostros, gestos, posturas, acciones, que uno debe interpretar. Hay actores que inspiran confianza y otros que rezuman malicia o doblez, y de cuyas promesas no nos fiamos. A veces, detectamos contradicciones entre lo que dicen y sus actos, lo que hemos visto o estamos a punto de ver que hacen. Escrutar un rostro, a veces en primer término, a veces al fondo del plano, es tarea usual del espectador cinematográfico, aunque hoy la desatiendan hasta los críticos. Saber a qué atenerse, según mi padre el objetivo de la filosofía, es también a lo que aspira el que está viendo una película, o, a fin de cuentas, el que vive despierto. Así que no es extraño que esta labor de «traducción» de gestos, posturas o miradas sea una de las actividades principales de los personajes de las novelas de Javier, ni que sus narradores interpreten constantemente lo que les rodea o les ha sucedido, que se planteen dudas e hipótesis alternativas sobre lo que va ocurriendo. No se olvide, por otra parte, que la condición, sólo aparentemente pasiva, del espectador de cine es bastante semejante a la del novelista -que Javier ha asimilado con frecuencia a un fantasma, que no puede intervenir pero que se ve afectado y concernido por los hechos que presencia o presiente-, sobre todo si, como suele, va descubriendo a los personajes sobre la marcha, sin un plan preconcebido. Por eso es engañosamente visual su narrativa, hecha –como toda verdadera literatura– fundamentalmente de palabras, y por eso algunos creen, al hilo de la lectura, al visualizarlas pese a lo escasamente descriptivo que suele ser Javier, que sus novelas son «muy cinematográficas». Incluso los hay que imaginan tarea fácil llevarlas a la pantalla; si no se han dado más batacazos (tras uno sonado) es porque Javier, de momento, no lo ha consentido, sin dejarse seducir por el señuelo que para muchos representa todavía el cine.

Sus escritos relacionados con el cine son esencialmente literarios, pero no se conforman con narrar de nuevo o desmenuzar los argumentos de las películas; Javier no es propiamente lo que hoy se considera un «crítico cinematográfico» –que poco tiene que ver, por lo demás, con el ejercicio de la función crítica-, pero en cambio sabe muy bien que en el cine, como por lo demás en la literatura, no es tan importante lo que se cuenta –a la postre, hay pocas historias completamente originales y va han sido relatadas, los posibles temas son muy elementales, vastos y difusos-, sino la manera de contarlo, de abordarlo v desarrollarlo, en cada caso con los instrumentos propios del arte respectivo, en alguna parte comunes, en la mayor muy distintos; y sabe también, porque no menosprecia el cine -como tantos escritores, por mucho que proclamen su cinefilia-, que hay cosas que puede hacer que a la literatura le están vedadas, al menos con la misma soltura y economía, y viceversa, y que muchas grandes historias cinematográficas parten de obritas literariamente muy menores, mientras que pocas veces el cine ha conseguido estar a la altura de las mejores novelas que ha adaptado, casi siempre con inevitable (y hasta diría que justa y necesaria) infidelidad, a su letra por supuesto y a veces al espíritu, y que ha seguido sus peripecias sólo en parte y de otro modo, transformándolas en algo diferente: haciéndolas cine. Como traductor, Javier no ignora las dificultades de trasladar un texto a otra lengua; y a veces se preguntará, claro está, si hay necesidad de que exista también como película lo que ya es satisfactorio y suficiente en forma de libro, hasta cuando es posible hacer una versión de calidad comparable.

Aunque pocos se hayan percatado, el cine es un elemento formador esencial en las novelas de Javier. No sólo porque, a través del casi omnipresente narrador en primera persona –no siempre un personaje, pero nunca descrito, e imaginable, por tanto, con entera libertad; quizá por eso, a falta de otro, muchos lectores tienden a ponerle el rostro de Javier-, nos recuerden las voces en off-subjetivas, en esa misma persona del singular, retrospectivas y reflexivas— de muchas películas, sino porque el perdido hábito de contar las películas vistas a los amigos, con acotaciones, dudas, añadidos, correcciones o matizaciones sobre la marcha, vueltas atrás que -estén o no en la película- pertenecen a su narración/descripción, tiene mucho que ver, en mi opinión, con el peculiar estilo narrativo de Javier, tan proclive a la digresión y la elipsis, a las rimas interiores, a las variaciones y modulaciones, a estirar el instante y a viajar por el tiempo sin otra máquina que la palabra. Por eso la mayoría de sus novelas, sobre todo las más maduras -las menos pródigas en referencias cinematográficas-, parecen «películas contadas», aunque no ya recordándolas, sino a medida que transcurre su provección, por alguien que sabe tan poco como nosotros mismos cuál va a ser el desarrollo ulterior, no digamos su conclusión: ni el mismo autor sabe lo que va a suceder en el último capítulo, en el último rollo de esa película que él mismo sueña.

De sus bastante numerosos escritos sobre cine o -más abundantes- en los que una película (o una imagen) desempeña algún papel importante, sea tácito o

explícito, que siempre encuentro muy interesantes y originales, comparta o no sus valoraciones, vo prefiero, sobre todo, algunos de los que ha dedicado -más largos- a varias de sus películas predilectas, que no son precisamente las vistas de niño, sino más tarde -como El fantasma y la señora Muir o The Life and Death of Colonel Blimp, Campanadas a medianoche o La vida privada de Sherlock Holmes, a menudo elegíacas—, algunos pasajes sobre varias de John Ford como El hombre que mató a Liberty Valance o El hombre tranquilo, y también, de otra manera, los artículos más divertidos y (a primera vista) arbitrarios, los centrados en actores o personajes, a menudo pintorescos o menores. O los que, sin tratar primariamente de cine, revelan también lo aprendido en él por Javier: una manera de mirar las fotos, los bustos parlantes de la televisión y los «hombres públicos» en general, a los que Javier escudriña y enjuicia como si fuesen actores interpretando personajes de película, fiándose poco de sus promesas y sonrisas y huecas palabras y dando más crédito a su parecido con ciertos tipos cinematográficos: ese empresario al que Coppola contrataría sólo como secundario de El padrino, ese noble prócer que recuerda al hipócrita Claude Rains de Caballero sin espada o al Charles Laughton de Tempestad sobre Washington -encima en versión cutre-, ese intelectual que hace los mismos gestos de Jack Elam o ese político achulado, frágil gallito como Dan Duryea... Ouizá en la sociedad del espectáculo y la comunicación sea necesario valorar las «interpretaciones» y los personaies que tratan de representar, y eso los que han visto mucho buen cine están en meiores condiciones de hacerlo y señalar el simulacro, el histrión y el impostor que los que omitieron tan provechoso ejercicio.

Nota sobre la edición

Los sesenta y tres artículos reunidos en esta antología tienen como tema principal algún aspecto relacionado con el cine; conviene aclarar, por tanto, que no se han incluido otros textos del autor que, aunque contengan menciones a un cineasta, a una película o a un actor, tratan de un asunto específico de diferente índole. A la hora de establecer la ordenación temática nos hemos dejado guiar por la lectura de las propias piezas. Así llegamos a distribuirlas en ocho apartados o bloques, con la intención de proponerle al lector un juego de secuencias argumentales que, de paso, muestren las querencias, aficiones y preocupaciones del escritor Javier Marías. De ahí que el artículo que abre el volumen, «Todos los días llegan», tenga tratamiento especial y constituya por sí mismo una sección (bajo el epígrafe «El novelista que se fue al cine»), va que en él el autor expone su cinefilia en relación con su narrativa. En el bloque «Películas con música e insomnio incluidos» están los artículos dedicados a comentar películas (casi siempre las preferidas por Marías, aunque también haya alguna denostada); en «Dos maestros y dos parientes», los homenaies a determinados directores; en «Este don tan raro», los textos que ensalzan el trabajo de actores y actrices; en «El balón en la sala», alguna muestra (hay otras) de la divertida y sorprendente vinculación entre fútbol y cine que Javier Marías establece juntando dos de sus aficiones; en «De buena ley», las piezas más reflexivas sobre el arte cinematográfico, la verosimilitud y el uso de los distintos recursos; en «La rueda del mundo», los artículos más políticos en un sentido amplio, los que más tienen que ver con hechos o figuras de la historia que las imágenes nos desvelan; y por último, en la sección «La tentación de salirse», se han agrupado los textos que tratan tanto la vertiente pública del cine (críticos, productores, premios), como algunos de los síntomas más inquietantes de nuestra sociedad que no escapan a la cámara ni a un espectador sagaz.

Como los artículos de este volumen no son inéditos (publicados inicialmente en revistas o libros, la gran mayoría ya han sido recogidos por Javier Marías en sus libros de recopilaciones), hemos creído oportuno dar las procedencias de todos ellos en el listado que se ofrece al final de la antología. La fecha que figura en el índice junto a los artículos es la de su primera publicación, que generalmente coincide con la de su composición. Respecto al apéndice («Encuestas de Nickel Odeon»), es de rigor señalar que la revista de cine Nickel Odeon, desde 1995 hasta 2003, se dedicó con encomiable esfuerzo y entusiasmo a realizar encuestas entre cineastas y cinéfilos españoles para conocer sus preferencias. Javier Marías, además de colaborar con algún artículo, fue uno de los más asiduos encuestados.

Queremos dar las gracias a Miguel Marías por su magnífico prólogo y por sus siempre atinadas sugerencias. Para acabar, decir que ha sido un verdadero placer para nosotras irnos al cine con Javier Marías, placer que nos alegra compartir con usted, lector.

Las editoras

Publicado por: Galaxia Gutenberg, S.L. Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A 08037-Barcelona info@galaxiagutenberg.com www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: septiembre 2014

© Javier Marías, 2005 © de la selección: Inés Blanca Muñoz, 2005 © del prólogo: Miguel Marías, 2005 © Galaxia Gutenberg, S.L., 2014

Conversión a formato digital: Maria Garcia Depósito legal: B. 7805-2014 ISBN: 978-84-15472-41-4

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.